

I

Encontrar no es ser

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (I): los prolegómenos y el primer capítulo*

Dr. Fabián Coitinho

1. Una autora harta de su etiqueta

Elizabeth Duval abre *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario* con una frase que ninguna editorial de teoría queer pondría en la contratapa: "Estoy hasta el coño de lo trans".[1] El libro salió en España en 2021, y según una nota de la propia autora quedó casi terminado en agosto de 2020, en pleno debate sobre el anteproyecto de ley trans.[2] Duval era muy joven y hacía años que los medios la presentaban como "activista trans", una etiqueta que en las primeras páginas rechaza con furia y con gracia: en todo caso sería "pasivista", porque no hace nada que merezca el nombre, y pregunta si Ana Botín es feminista militante por ser mujer y salir en las noticias. Detrás de la broma hay una pista que el libro promete desarrollar. Duval no está segura de que eso que llaman "gente trans" exista como categoría congruente.[3]

Este texto es el primero de una lectura capítulo por capítulo, y se ocupa de los prolegómenos y del primer capítulo, "Adquisición y autodeterminación del género: tener contra ser". Vale la pena leerla con cuidado por una razón poco frecuente en este campo. Duval no hace el mamarracho de decir "soy mujer porque digo que soy mujer". Sostiene lo contrario: que el sujeto no se inventa soberanamente, que llega tarde a su propia constitución, que la identidad se le impone antes de que pueda elegir nada. Para eso usa el psicoanálisis lacaniano y la teoría de la sujeción de Judith Butler, y arma con ellos una crítica de la autodeterminación del género más seria que casi todas las que se escriben desde el feminismo que la rechaza.

Compro buena parte de esa crítica. Pero la crítica echa a la voluntad por la ventana y deja la interioridad intacta, sentada en el mismo sillón. Y el historicismo con el que Duval explica la multiplicación de las identidades trans necesita una invariante que ella nunca nombra, porque la única disponible es el cuerpo sexuado. Al final queda algo más: los mecanismos que ella presenta como universales describen con bastante precisión la incongruencia, y nada más que la incongruencia.

2. La lengua que se aprende sin elegirla

El capítulo arranca por la historia. Siguiendo a la historiadora Joanne Meyerowitz, Duval reconstruye un choque de principios del siglo XX entre una ciencia europea que hablaba de bisexualidad humana, de rasgos masculinos y femeninos mezclados en proporciones variables, y una psicología estadounidense que sostenía dos sexos separados y trataba a las personas trans como enfermos mentales.[4] Desde los años cuarenta, el estudio de la intersexualidad le dio fuerza a la idea de un "sexo psicológico" más arraigado que el cuerpo, y de ahí salió la lógica que todavía rige: si el alma no se cura, se corrige la carne. Duval llama a eso "neoplatonismo de género"[5] y hace una observación muy fina. El relato del cuerpo equivocado, con su cerebro de mujer atrapado en un cuerpo de hombre, desciende en línea directa de aquella medicina, y la desciende empeorada, porque perdió la idea de proporción y quedó más binario que el original. El activista del *Born This Way* y el médico de 1940 son parientes cercanos, y ninguno de los dos lo sabe.

Para definir el género, Duval toma la enumeración de la socióloga Judith Lorber, que lo descompone en instituciones y en rasgos individuales, pero se aparta de su constructivismo total y acepta la incertidumbre sobre el peso de la biología con la respuesta de la bióloga Anne Fausto-Sterling: "más o menos, quizá, posiblemente".[6] Sobre esa base levanta su modelo. El género se adquiere como se adquiere una lengua, por modelos y repetición, sin que nadie elija la propia. Y la lengua cambia con la

historia. La entrada de las mujeres al mercado de trabajo y la separación entre sexo y reproducción relajaron los códigos del género, que según ella "se han banalizado",[7] y una lengua más laxa produce hablantes distintos. Por eso hay más personas trans que hace veinte años: ni porque siempre existieron y recién ahora las vemos, que es la tesis que Duval rechaza expresamente, ni porque alguien las haya inventado por capricho.

La analogía es buena y demuestra algo importante: que una identidad puede ser adquirida sin ser voluntaria. Pero no demuestra todo lo que Duval le hace demostrar. Yo no elegí hablar castellano, pero el castellano existe con independencia de mí, tiene hablantes que me preceden, reglas públicas y criterios para decidir si efectivamente lo hablo. ¿Cuál es el equivalente de eso para ser mujer? Duval escribe, como si fueran sinónimos, "adquisición del género o adquisición de la diferencia sexual",[8] y en esa conjunción se le desliza el capítulo entero. Aprender los códigos de la feminidad, que es lo que describen Lorber y Fausto-Sterling, es adquirir competencia en un registro. La diferencia sexual no es un registro, ni siquiera para los lacanianos en los que ella se apoya. Y si se estira la analogía, se le vuelve en contra. Una lengua se puede aprender tarde y muy bien, pero el hablante nativo detecta el acento, y nadie se vuelve uruguayo por hablar un rioplatense perfecto. Hablar una lengua y pertenecer a una clase definida por otra cosa son dos hechos distintos, y la analogía, bien usada, muestra justamente esa distancia.

Si el criterio público termina siendo la identificación imaginaria del sujeto, el sentimiento interno que el capítulo echó por la ventana vuelve a entrar por la puerta, mejor vestido. Duval nunca expulsó la interioridad; expulsó la voluntad. Donde antes se decía "soy mujer porque lo decido", ella dice "soy mujer porque me identifiqué así sin decidirlo", y el lugar donde se decide la cuestión sigue siendo el mismo: adentro. Su propio testimonio lo confirma. "Sería incapaz de levantarme de la cama si tuviera que vivir el resto de mis días como si fuera un hombre"[9] es un informe de interioridad en estado de máxima pureza, y es el argumento que ella pone a trabajar.

3. El cuerpo entra por la puerta de atrás

El corazón teórico del capítulo viene de la psicoanalista Patricia Gherovici, para quien lo trans "no es una experiencia del tener, sino una estrategia del ser".[10] Duval adopta su definición: la identidad sexual "no está determinada por la biología ni por ningún factor innato", se aprende a través del lenguaje y de las identificaciones, y "se construye en torno a una pérdida, de una pérdida que es dada en el momento inaugural en el cual se nos asigna un sexo". Duval se separa de Gherovici en un solo punto: admite un componente biológico en la receptividad a esos mensajes, en cuán predispuesto está alguien a aprender ciertos elementos del idioma del género.

Conviene distinguir lo que acá se mezcla. Biología puede querer decir cromosomas, hormonas y desarrollo cerebral, es decir, la biología como causa de una identidad. Puede querer decir también la materialidad del cuerpo, la biología como material sobre el que se inscribe un sentido. El psicoanálisis puede prescindir de la primera, y hace bien. No puede prescindir de la segunda, y la propia cita de Gherovici lo delata, aunque su vocabulario lo disimule. Gherovici habla de un sexo que "se nos asigna", y yo rechazo esa expresión. El sexo de un recién nacido se observa y se registra; el verbo asignar convierte esa constatación en un acto de autoridad, como si la partera repartiera destinos en lugar de mirar un cuerpo. Pero aun en el vocabulario de Gherovici, eso que ella llama asignación se hace mirando genitales, y la pérdida en torno a la cual se construye la identidad es la pérdida de una posición que

se lee en un cuerpo que alguien vio. El falo no es el pene, de acuerdo, y se puede distinguir con provecho entre el sujeto que porta un pene y el sujeto que porta el falo. Pero la distinción necesita el pene para tener sentido, y el significante fálico toma su soporte imaginario del órgano por razones que no son arbitrarias: es visible, se levanta y cae, se puede perder. La castración presupone algo que castrar.

El lacaniano tiene una respuesta, y es la que usa Gherovici: en las fórmulas de la sexuación del Seminario XX,[11] la posición masculina o femenina no depende de la anatomía, y un cuerpo de varón puede inscribirse del lado femenino. Pero esas fórmulas se escriben en relación con una función que lleva el nombre de un órgano, y no por casualidad. Duval, en cualquier caso, ni siquiera llega a esa discusión. Su concesión a la biología va toda del lado de las hormonas y la receptividad, del lado de la causa. El cuerpo como material no aparece en su capítulo, aunque entra por la puerta de atrás en cada cita que ella elige.

4. Encontrar no es ser

La mejor frase del capítulo es esta: "encontrar no es elegir".[12] Duval la escribe para responderle a quienes sostienen, como la divulgadora española Rosa María García, que el género es siempre autodeterminado, en las personas trans y en todas las demás. Y la funda en una tesis historicista que toma de David Halperin contra John Boswell: las identidades son históricas, y un griego antiguo que hoy llamaríamos heterosexual no lo sería necesariamente si naciera ahora.[13] Que alguien encuentre su identidad en el repertorio que su época le ofrece no convierte ese hallazgo en una decisión. En una nota lo condensa en una fórmula que podría servir de lema para el libro entero: "el sujeto no es nunca lo que quiere ser, sino lo que puede ser".[14]

Pero encontrar tampoco es ser. Yo puedo encontrar una descripción en la que me reconozco hasta el fondo, que organiza mi experiencia y que no elegí, porque me llegó por lecturas, por una canción, por una familia, por el humor de una época. Puedo descubrir, por ejemplo, que soy un revolucionario. Vivo en Pocitos, uso un Cartier en la muñeca y me la creo entera: soy el Che. La identificación es sincera, involuntaria y constitutiva de cómo me vivo, y sin embargo no hace de mí un revolucionario. Duval desmontó con mucha sofisticación la idea de que uno es lo que decide ser, y termina en un lugar donde una identidad no elegida tiene, misteriosamente, fuerza constitutiva.

Ella misma parece saberlo. En una nota de un capítulo posterior escribe que "todas las identidades, no solo las estratégicas, son ficciones compartidas (por ende, convenciones)".[15] Si la identificación es una ficción compartida, no tiene fuerza ontológica, y no hay nada que discutir. Pero otra nota de este capítulo dice que decirse hombre o mujer "es un efecto de serlo por causas exteriores a la afirmación posterior", y que "nadie es nada por decir que lo es o por voluntad".[16] Ahí hay un ser que antecede al decir. ¿En qué consiste? El capítulo da una sola respuesta explícita, tomada de la socióloga Eva Illouz: ser mujer es "ocupar una posición dada en el mercado sexual", ser valorada como objeto por partes, por el culo, las tetas y las piernas.[17] La ontología de Duval es posicional, y la posición la otorgan otros.

5. Construida, pero por quién

La frase decisiva del capítulo dice que el individuo "es mujer porque su identificación imaginaria se ha desarrollado de tal manera, incluso a pesar del individuo; y lo es, también, porque exteriormente, y sobre la base de una relacionalidad, se le ha construido como tal".[18] Hay dos maneras de leerla. Puede

ser una descripción de cómo se hacen las mujeres en general, y así la presenta Duval al cerrar: "lo que he expuesto aquí puede aplicarse a cualquier persona".[19] Leída así, es Beauvoir, y se puede aceptar. Puede ser también una condición que la mujer trans tiene que cumplir para ser mujer, y entonces se abre un dilema. Si la construcción relacional es necesaria, la mujer trans a la que el mundo sigue tratando como varón no es mujer. Si no es necesaria, queda sola la identificación imaginaria, y volvemos a la interioridad del segundo apartado.

Duval no elige, pero el texto la delata. En la sección sobre lo virtual admite que la adquisición del género puede ser "corrupta, alterada o *glitcheada*" y que en ese caso "no se corresponde necesariamente con el sexo asignado al nacer y tampoco se identifica con el género de lectura en la relacionalidad cotidiana".[20] La fórmula del sexo asignado es suya, y ya dije por qué no la acepto; lo que importa acá es la segunda mitad de la frase. Duval reconoce que la identificación puede ir por un lado y la construcción social por otro. Y en el único lugar donde la construcción relacional la comprometería, que es su infancia, declara una amnesia oportuna: "he olvidado todo lo que compone mi socialización en el género".[21] El argumento le hace falta justo en el tramo de su vida que dice no recordar.

Hay algo más de fondo. Toda construcción social de alguien como hombre o mujer descansa sobre lo que aparece. Antes de cualquier juicio, el cuerpo del otro se nos presenta sexuado. Vemos una cara del objeto y co-mentamos las que no vemos, lo que Husserl llamaba apresentación,[22] y en un cuerpo humano lo co-mentado incluye el sexo. El predicado se puede forzar: un pronombre, un documento, una cortesía. Lo que aparece antes del predicado no se legisla. Cuando lo que aparece es un cuerpo de varón, construirlo como mujer es colocarle un predicado encima, por buena educación o por ley. Cuando lo que aparece es un cuerpo que pasa, concedo lo que hay que conceder: la percepción entrega una mujer, sin que nadie fuerce nada. Pero entonces lo logrado es una apariencia, y la apariencia de algo no es ese algo. El cuerpo sexuado sigue siendo lo que es, se muestre o no. En una nota de otro capítulo, Duval cuenta, como prueba de su privilegio, que en Francia le dicen *madame* o *mademoiselle*. En su propio esquema, eso es lo que la construye como mujer.[23] Una ontología que depende de la cortesía del mozo es una ontología con fecha de vencimiento en cada mesa.

6. La butch, el marica y la travesti

Hay que ser justos antes de pegar. Duval no dice que la lesbiana *butch* de otra época fuera en realidad un hombre trans que no tenía el concepto para darse cuenta. Dice lo contrario. Rechaza la tesis de que las personas trans siempre existieron, afirma que "no es de recibo establecer una equivalencia estricta entre ser mujer trans hoy y ser travesti en aquellos tiempos", y llama construcción mitológica a la costumbre de convertir a Juana de Arco en persona trans. Su historicismo le impide la proyección retroactiva más burda.

Pero no le impide otra más sutil. Duval escribe que existencias "que otrora habríamos denominado, por ejemplo, como lesbianas *butch*", hoy "encuentran otra forma perfectamente aceptable de existir en tanto que hombres trans",[24] y que lo mismo puede ocurrir entre "una existencia marica y una existencia en tanto que mujer trans". En la nota sobre las travestis de mediados del siglo XX agrega que "probablemente habrían sido aquello que hoy se les ofrecería la posibilidad de ser".[25] La butch, el marica y la travesti quedan así como borradores de una misma existencia que en nuestra época encontró su forma lograda. Si yo hablara el idioma de los colectivos, diría que eso los invisibiliza. Me alcanza con decir que los anexa.

El antropólogo Don Kulick convivió durante meses con travestis de Salvador de Bahía a mediados de los noventa, y lo que registró no encaja en ese esquema. Aquellas travestis no se decían mujeres. Se entendían como homosexuales que buscaban la feminidad en el cuerpo y en la presentación, no renegaban de su historia como varones y miraban con desconfianza la cirugía genital: su pene era parte de su vida sexual y no un error a corregir.[26] Leerlas como mujeres trans incompletas, que habrían llegado a serlo si la época se lo hubiera permitido, es pasar por encima de cómo ellas mismas se entendían, con la autoridad de una teoría que dice respetar la experiencia.

Y el historicismo tiene un costo que Duval no paga. Si la butch de ayer y el hombre trans de hoy son dos formas de una misma existencia, algo persiste debajo del cambio de nombre. ¿Qué? La identificación no puede ser, porque según ella es histórica. La categoría tampoco, porque según ella es convención. Lo que queda cuando se restan las dos cosas es un cuerpo de mujer con una presentación y un deseo que no coinciden con lo que se esperaba de ese cuerpo. El historicismo de Duval presupone el sexo como constante, y lo presupone justo en el pasaje donde lo necesita para explicar el cambio. De paso le regala al feminismo que ella va a discutir en el capítulo siguiente su premisa empírica favorita, la absorción de las butch por la categoría trans. La describe con las mismas palabras que sus adversarias, y solo cambia el adjetivo: donde ellas ven una pérdida, ella ve una forma "perfectamente aceptable".

7. Del cerebro rosa a Tumblr

La parte más original del capítulo es la que trata de lo virtual. Después de una primera sedimentación en la infancia y en la casa, dice Duval, la transmisión del género pasa a los medios, y cada vez más a la existencia en línea. En foros, redes y juegos de rol masivos, uno puede cambiar cómo lo tratan los demás con una enunciación o con un avatar, y ese segundo contexto de relaciones modifica el primero. De ahí la adquisición *glitcheada*, y de ahí también, según ella, la cercanía entre las mujeres trans jóvenes y la informática, que no sería un estereotipo casual.[27] Ella misma se incluye: estuvo a punto de ser la chica trans informática de *Sense8*.

Que internet abrió posibilidades nuevas de identificación es casi indiscutible. Que eso explique causalmente el aumento de las identidades trans es otra cosa, y Duval no ofrece un solo dato. Hay que reconocerle que no lo vuelve causa única: lo de fondo, para ella, sigue siendo la relajación de los códigos. Y hay que reconocerle también el coraje, porque en 2020 una autora trans estaba sosteniendo que la multiplicación de identificaciones trans se transmite en parte socialmente, por pantallas, una hipótesis muy cercana a la que la médica Lisa Littman había publicado en 2018[28] y que en ese momento convertía a quien la mencionara en sospechoso. Pero una hipótesis presentada con tono de explicación sigue siendo una hipótesis. Sin cuidado, se hace el viaje inverso al del *Born This Way*: antes todo estaba en el cerebro, ahora todo estaba en Tumblr. Cambiamos un mamarracho causal por otro más posmoderno.

Lo que lo virtual sí explica, y Duval casi lo dice, es por qué es terreno fértil. Ella habla de libertad negativa: en línea hay menos obstáculos que en la calle. El obstáculo que falta tiene nombre. En una pantalla, la imagen y la voz llegan separadas, recortadas, con mucha menos información sensorial de la que trae un cuerpo en la misma habitación. La apresentación está empobrecida, y el predicado que uno se pone no choca con la carne que lo desmentiría. Lo virtual no revela una identidad escondida; retira el cuerpo que la contradice.

8. El cuerpo en silencio

El capítulo termina con una frase de vocación universal: los mecanismos de adquisición del género "son, fundamentalmente, los mismos" para cualquier persona.[29] Ahí está su error más importante. Para quien no vive una incongruencia entre su cuerpo y lo que es, el sexo y el género no se viven como dos cosas. Son un continuo, una sola experiencia que no admite división. Lo único que se puede separar de ese continuo y estudiar como adquirido son los roles y los estereotipos: cómo se viste uno, cómo habla, qué trabajos se espera que haga, qué deseo se le supone. La butch y el marica viven una distancia real entre su cuerpo y el estereotipo, pero nunca entre su cuerpo y lo que son, y por eso ninguno de los dos concluye que pertenece al otro sexo. El feminismo anterior a la cuestión trans y el viejo movimiento homosexual lo entendieron así, y por eso pelearon contra los roles sin postular una identidad aparte. Beauvoir, que tanto se invoca, escribió que no se nace mujer, y la frase presupone que se nace hembra: lo que describe es el destino que se le impone a un cuerpo femenino, no una identidad que flote separada de él.[30]

De ahí que yo no use el término "cis" y lo diga con todas las letras. No agrega ninguna precisión sobre las personas que no son trans, y además presupone lo que acá se niega. "Cis" nombra la coincidencia entre una identidad y un sexo, y para que dos cosas coincidan tienen que ser dos. Donde hay una sola, el prefijo describe una relación que no existe. Se presenta como etiqueta neutral y trae la ontología adentro. Prefiero hablar de personas sin incongruencia.

El cirujano René Leriche definió la salud como la vida en el silencio de los órganos.[31] El órgano se nota cuando duele, y el cuerpo sexuado, en quien no tiene incongruencia, calla. Para la persona trans no calla nunca, porque en cada situación es lo que delata. La identidad de género, como concepto, nace de esa falla y después se generaliza a todo el mundo, como si cada uno tuviera un hígado que siente. Por eso el concepto le resulta ajeno, casi ininteligible, a quien no vive una disforia: le piden que reconozca en sí mismo algo que nunca encontró.

La objeción más seria es la propiocepción. Nadie la siente, es el ejemplo perfecto de órgano en silencio, y sin embargo todos la tenemos. Se revela cuando falla, como en el caso de Ian Waterman, que a los diecinueve años perdió la sensibilidad propioceptiva por una infección y tuvo que aprender a moverse mirando su propio cuerpo.[32] La identidad de género sería igual, se dirá: muda en quien la tiene en orden, visible solo en la incongruencia. Pero la propiocepción se demuestra también en quien no la siente, porque tiene una función medible que no depende de la falla: se puede cerrar los ojos y tocarse la nariz, y se puede medir cómo el cuerpo corrige su tono y su postura. ¿Cuál es la función equivalente de la identidad de género en una persona sin incongruencia? ¿Qué hace que no hagan ya el cuerpo sexuado vivido y los roles aprendidos? Si la única prueba de que todos la tenemos es que a algunos les falla, el argumento es circular: la ausencia de falla cuenta como prueba de una función silenciosa, y nada podría contar en contra. Eso se parece menos a la propiocepción que a postular un órgano para explicar un dolor.

Tampoco es casual dónde ponen la energía las personas trans. La ponen en lo que para el resto son roles y estereotipos, y también en el cuerpo, con hormonas, cirugías y trabajo sobre la voz. Pero esas modificaciones apuntan a lo que se le presenta al otro, a la cara visible del cuerpo, y por eso no tocan el argumento. Se trabaja sobre la apariencia porque es lo único que se puede trabajar.

Lo que Duval construye en este capítulo es, entonces, una ontología de la incongruencia, y como tal tiene mérito: explica sin patologizar y sin celebrar, desconfía del voluntarismo y de la biografía heroica, y se anima a decir que la propia historia es "escritura ficcional".[33] Su error es presentarla como una teoría del género de todos. Para el resto de nosotros no hay nada que adquirir entre el cuerpo y lo que somos, porque no hay ningún entre. Duval mostró con mucho talento que encontrar no es elegir. Le faltó la segunda mitad: encontrar tampoco es ser.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), «Prolegómenos». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, nota [m] al cap. 3, «Contra la tolerancia y la estadística»: el grueso del libro quedó terminado en agosto de 2020, salvo el capítulo sobre la Veneno, añadido a fines de octubre.
3. Duval, «Prolegómenos».
4. Joanne Meyerowitz, *How Sex Changed: A History of Transsexuality in the United States*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2002, cap. 3, «From Sex to Gender»; seguido por Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans».
5. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans», donde discute a Miquel Missé, *A la conquista del cuerpo equivocado*, Madrid, Egales, 2018.
6. Duval, cap. 1, «Esbozar una definición del género», a partir de Judith Lorber, *Paradoxes of Gender*, New Haven, Yale University Press, 1994, y de Anne Fausto-Sterling, *Sex/Gender: Biology in a Social World*, Nueva York, Routledge, 2012.
7. Duval, cap. 1, «Esbozar una definición del género».
8. Ibid.
9. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».
10. Patricia Gherovici, *Transgender Psychoanalysis: A Lacanian Perspective on Sexual Difference*, Nueva York, Routledge, 2017; citada en Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
11. Jacques Lacan, *El Seminario, libro 20: Aún* (1972-1973), Buenos Aires, Paidós, 1981, cap. VII.
12. Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación», donde discute a Rosa María García.
13. David M. Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality*, Nueva York, Routledge, 1990; John Boswell, *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 1980. Duval toma partido por Halperin en cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
14. Duval, nota [a] al cap. 1.
15. Duval, nota [n] al cap. 3.
16. Duval, nota [d] al cap. 1.
17. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto», donde cita a Eva Illouz.
18. Duval, cap. 1, «El sujeto, su imagen y la virtualidad».
19. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».
20. Duval, cap. 1, «El sujeto, su imagen y la virtualidad».
21. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans».
22. Edmund Husserl, *Meditaciones cartesianas* (1931), quinta meditación, §50.
23. Duval, nota [g] al cap. 2.
24. Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
25. Duval, nota [a] al cap. 1, donde también rechaza la equivalencia estricta entre la mujer trans de hoy y la travesti de otra época, y la apropiación de Juana de Arco.
26. Don Kulick, *Travesti: Sex, Gender, and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.
27. Duval, cap. 1, «El sujeto, su imagen y la virtualidad».

28. Lisa Littman, «Rapid-onset gender dysphoria in adolescents and young adults: A study of parental reports», *PLOS ONE*, 13 (8), 2018, e0202330 (versión corregida en 2019).
29. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».
30. Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* (1949), vol. II, primera parte, cap. 1.
31. René Leriche (1936), citado por Georges Canguilhem, *Lo normal y lo patológico* (1966).
32. Jonathan Cole, *Pride and a Daily Marathon*, Londres, Duckworth, 1991.
33. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto».